

RENOVACIÓN DE LA PROFESIÓN RELIGIOSA

Santuario de la Virgen del Toro, 2 de marzo de 2019

Dos monjas de esta comunidad realizan en este día la renovación de su profesión religiosa. Es un momento particularmente intenso para ellas, que comprometen su libertad y su vida. Es un momento de alegría también para nuestra Iglesia de Menorca, porque cuenta con su testimonio.

La búsqueda de Dios, el único necesario

En la constitución apostólica “Vultum Dei quaerere”, del Papa Francisco, se describe muy bien la vida contemplativa como una búsqueda de Dios, movida por el deseo de contemplar su rostro. Todo ser humano siente en su interior el deseo de Dios, el ansia de Absoluto, aunque no siempre es consciente. “Nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” decía San Agustín.

Estas mujeres que hoy renuevan su profesión han sentido esa atracción misteriosa de Dios y el deseo de entregarse por completo a Él, viviendo totalmente orientadas a la contemplación de su rostro.

En el seguimiento de Cristo pobre, casto y obediente

Jesucristo es el camino por el cual accedemos al Padre. Por eso, nuestra peregrinación hacia Dios se realiza siempre a través de Cristo. Se trata de seguirle y de imitarle, dejando que el Espíritu Santo configure toda nuestra vida con Jesucristo.

Este seguimiento de Cristo, que es propio de todo cristiano, es vivido con radicalidad por las personas consagradas, que desean seguir a Jesucristo pobre, casto y obediente. El contemplativo –se dice en el documento- ha sido “atraído por el fulgor de Cristo, el más bello de los hombres” (n. 3). Esto es lo que quería expresar el apasionado canto de amor que hemos escuchado en la primera lectura: “grábame como un sello en tu brazo, porque es fuerte el amor como la muerte”. La consagración brota de un enamoramiento, de una pasión por Jesucristo, que les conduce a separarse del mundo, apartarse para seguirle con un “corazón indiviso”, es decir, con la entrega incondicional de todo su ser. La sencillez y pobreza de vida, la virginidad y la obediencia son signos de ese deseo de configurarse por completo. “La vida consagrada es una historia de amor apasionado por el Señor y por la humanidad” (n. 9). A la llamada de Cristo, las contemplativas responden con la ofrenda de toda la vida, viviendo por Él y para Él.

Él es el único Esposo, su primer y único amor. La clausura en la que viven es signo de la intimidad con Cristo, su amado. Ellas quieren ser esas vírgenes sensatas que no piensan en sí mismas, sino en el Esposo, que viven volcadas a Él, esperándole, deseándole, amándole desde lo más profundo de su ser.

Al estilo de María, que contemplaba en su corazón

Las monjas contemplativas desean seguir a Jesús al estilo de María. Como María, ellas también quieren vivir su vida centradas en Dios, el único necesario. Y desde Dios desean comprenderlo todo: su vida, las demás personas y el mundo.

Ella fue la mujer contemplativa. Su vida es imitación de María, que meditaba todo y contemplaba todo en su corazón. Un autor del siglo XV, Dionisio Cartujano, dice de María que es la “contempladora suma”. Todo el camino de María, desde la anunciación hasta el final, es vivido en la contemplación del misterio que la habita (cf. n. 10)

Un signo para nuestra Iglesia

Esta comunidad contemplativa es una riqueza inmensa para nuestra Iglesia diocesana. No sólo por su oración constante por todos nosotros, sino porque son signo de un mundo nuevo, profetas del mundo venidero. Las monjas contemplativas son “signo y profecía de la Iglesia virgen, esposa y madre” (n. 3). Ellas nos indican el camino de la entrega total y nos recuerdan que lo único necesario es escuchar la palabra de Cristo, amarle y ser amados por Él.

Cada comunidad contemplativa es luz para los creyentes, ciudad puesta en lo alto de un monte. Mucho más esta, que está también físicamente arriba del monte Toro. Vuestra vida tiene que iluminar esta isla. La sencillez de vida, la fidelidad al Señor, el amor incondicional a todos, vuestra pobreza... todo tiene que ser invitación a vivir la pasión por Dios.

Acabo con un precioso texto de “Vultum Dei” que dice así. “Como el marinero en alta mar necesita el faro que indique la ruta para llegar al puerto, así el mundo os necesita a vosotras. Sed faros, para los cercanos y sobre todo para los lejanos. Sed antorchas que acompañan el camino de los hombres y de las mujeres en la noche oscura del tiempo. Sed centinelas de la aurora (cf. Is 21,11-12) que anuncian la salida del sol (cf. Lc 1,78). Con vuestra vida transfigurada y con palabras sencillas, rumiadas en el silencio, indicadnos a Aquel que es camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6), al único Señor que ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia (cf. Jn 10,10)” (n. 6).